

LA MALDICIÓN DE LAS TORRES

Vicente Verdú

Escritor y periodista.

No ha tenido suerte Madrid con sus más altas columnas arquitectónicas de la modernidad. Más bien una suerte de maleficio ha venido persiguiendo a sus edificios más altos y especialmente a aquellos que tuvieron la petulancia de llamarse «torres». La *torre* ha padecido durante los últimos años madrileños el azote del accidente, la calumnia o la calamidad. Su ejemplo más eximio es, sin duda, el de las KIO en cuyo proceso se registraron, al menos, tres quiebras sucesivas. Una quiebra de la firma gobernada por Philip Johnson y John Burges que se disolvió estrepitosamente en Nueva York tres meses antes de los cimientos; una quiebra de la empresa constructura envuelta en avaricias y desfalcos, y una tercera quiebra simbólica contra la pretensión de ser Puerta de Europa.

Justamente el compás de ese portalón, que conduciría al paraíso europeo, ha estallado el infierno de la crisis y las puertas que pretendían abrirse al desarrollo se han transformado en monumentos de la contracción. Su emplazamiento, impunemente arrancado al vecindario, se ha convertido en un campo abortado y no es descartable que muy pronto empiece a estimarse de mal augurio cruzar bajo sus ingles. En este caso, el pecado arquitectónico se empezó a pagar antes de la inauguración. Otros los pagaron más tarde. A Javier Carvajal le cayó encima la población cuando su estriada Torre de

Valencia apuñaló por la espalda a la Puerta de Alcalá. Las protestas contra el asesinato alcanzaron tal intensidad que casi clausuraron la carrera de Carvajal en España y exiliaron sus trabajos siguientes hasta el Chile de Pinochet.

Sáenz de Oíza no padeció exilio por sus Torres Blancas. Fue *condenado* por el constructor, Huarte, a habitar su propio edificio, asaltado por los ruidos y una torturadora geometría interior. Las Torres Blancas no fueron nunca blancas. Ni tampoco llegaron nunca a dos. El presupuesto no alcanzó para conseguir el cemento claro de importación y, menos, para atender el binomio.

Aparte de Sáenz de Oíza, Camilo José Cela, Juan Carlos Onetti, y otros vecinos ilustres, todos ellos con la cabeza poderosa, pocos más soportaron, por un tiempo, los inconvenientes habitacionales de *la Torre Blanca* que, gradualmente, ha pasado a ser un contenedor de oficinas. Como edificio de oficinas fueron concebidas las Torres de Colón, también llamadas Torres de Jerez en un período en el que la abeja de Ruiz Mateos sellaba las piedras de la fachada. La expropiación de Rumasa convirtió al edificio de Lamela –alzado con técnicas que causaban asombro a los viandantes– en un cuerpo aburrido, zangolotino y enfermo. Las de Colón fueron también la insignia de un revés que hoy ha tratado de maquillarse con un alegre musical *art déco* en la testa. Pero el

estudio de Lamela es también responsable de la estameña de cristal carmelitano que ahora viste desde el cuello a la canilla el esqueleto.

Menos jactancioso en su perfil es Torre Picaso: el bloque, junto al Barça, más fotografiado en las últimas temporadas.

Aparte de la mediocridad del proyecto, firmado por Yamasaki para ser construido en una indefinida ciudad americana del medio Oeste, al edificio no podía pasarle nada importante. Pero le pasó. Yamasaki murió antes de su construcción, Genaro Alas le dotó de una cresta a modo de prótesis coherente con la pavería de la torre y, finalmente, Construcciones y Contratas interpretó una historia *Falcon Crest* con el enredo de *Alicias y Albertos*. La quiebra económica se trasmutó en este caso por el *crack* sentimental. De hecho, una emisora de televisión, Canal +, había instalado sus estudios en el sótano para obtener las primicias del telefilme viviente.

Sin duda, en todo gran edificio, cunden los enredos, las peripecias, los vicios capitales. La Torre de Madrid, de Otamendi, tiempo atrás fue lugar preferido por masajistas orientales y suicidas que, antes de morir, paseaban los espesos pringues de su vida por las gargantas del inmueble. Hoy es, por su larga experiencia, una construcción madura a la que, tanto por su variada fauna de habitantes interiores como por *la peña* marginal que lo rodea, ya no le queda casi nada por ver.

Todo lo opuesto de lo que cabe decir de las KIO. Cegadas antes de nacer. Paralizadas antes de una mínima correría. Su perfil contra el horizonte del Norte prometedor enseña la congelación de su catástrofe. ¿Hacia dónde seguirá el vector de su inclinación? Cada día que pasa, y según decaen los índices bursátiles o macroeconómicos, su fealdad y su minusvalía evocan, en Madrid, la venganza divina contra las Babeles.

